



un texto un poco largo que recorrí de arriba a abajo de un tirón sin leer — una docena de páginas se puede denominar “texto largo” no si se lo compara con El Quijote o La divina comedia, desde luego, pero sí si se le contempla a las cuatro de la madrugada sabiendo que el despertador sonará a las siete y cuarto —; así que me quedé con la copla de que era la versión 10 de algo y me marché a dormir.



Y yo — que aunque no eran las cuatro eran sí las tres y veinte y mi despertador sonaría no a las siete y media sino a las seis y

cuarto — también.

Y dormí.

Recuerdo, como en una nebulosa en mitad del torbellino¹ de situaciones y emociones encontradas que es mi vida, que dormí profundamente aquella noche y que, ya de mañana — no sabría precisar si tras el desayuno o una vez depositado el niño o quizá dos en el colegio, o si quien los llevó fue mi marido; o después de haber rezado los maitines o firmado, según en qué circunstancias y en nombre de razones que no quise con el día que me esperaba analizar si eran mejores o peores, un despido; pero no importa mucho — o quizás por la tarde porque muy bien pudiera ser que la mañana la emplease en buscar mi muñeca o mis sandalias o en atender a un individuo apresurado que me entregó determinadas pertenencias, me senté, ya más calmada, frente al ordenador.

- ¿Dónde estábamos? – me pregunté, dando la primera calada al primer cigarrillo sosegado del día, mientras esperaba a que le viniese (al ordenador) “el alma al cuerpo”, como yo digo.

Al fin le vino.

Le vino al ordenador el alma al cuerpo, pero no a mí el punto en que me quedase cuando lo apagué de madrugada.

¹ Porque yo por la mañana soy enormemente vital, terriblemente activa, dinámica, y tan emprendedora que puedo a veces llegar a parecer atropellada; pero eso nada más me sucede, ya digo, por las mañanas, y si me pillara usted en cualquier otro momento la sensación que le daría sería muy, muy diferente.

Tenía una vaga noción de cierta copla — sin música, pero mi oído es francamente malo — que hablaba de algo referente a cierta versión 10; tenía, también, algo más claro, que la copla en cuestión no era mía...

Y busqué.

Busqué afanosamente por las páginas que, junto con la dirección de mi banco, y la de la cartelera de los cines, y la del Google Earth que había abierto para buscar el hospital más próximo al que llevar (por lo del cólico) a mi prima, y alguna otra de cosillas curiosas que me gustan o indecentes — que me disgustan, pero no sé ya cómo decirle a mi marido que a ver cómo diablos las bloquea “mi amor” — porque me gusta ser amable aunque esté francamente molesta — “que ya sabes cómo son los niños”, se habían ido almacenando poco a poco en el historial.

Pero no la encontraba.

Me puse tan nerviosa que me empezó a picar todo el cuerpo; y me entraron calores, y llegué a estar tan de veras sofocada que hasta sentí que me estorbaban las tocas... Y me sobresalté.

Me sobresalté porque caí de repente en la cuenta de que las monjas no fuman... ¿verdad?

Y sé que me debatí por unos instantes entre apagar el cigarrillo o arrancármelas; y que al final me decidí por una de las dos opciones o, ante la duda, por ambas, y que seguí tecleando como una verdadera loca hasta que... ¡la encontré!

Y aquí está



“Me desagrado por dos razones el encontrarme **avocado**”, así, tan al principio, apenas sobrepasados los cuatro primeros renglones, un **mas** **hemos** **equivocado** que, en primer lugar, se me antoja preferencioso, mayestático... ¡genial y, en segundo lugar, porque **godar** — perdón, me dije, **quise** **decir** **caray** — si se **has** **equivocado** **rectifica** y en paz! Pero, entendiendo, y no deseando ser en exceso quisquillosa, que una equivocación la tiene cualquiera, no me desanimé y seguí en la idea de bueno, no importa, comencé al error y mi **niñita** **seguirá** **siendo** **como** **esta**” que, por mi parte y en honor a la verdad, sí dejó yo de compartir...

Si, Albergaba serias dudas de que una página como esta — “estas” en realidad — fuese lo que yo estaba queriendo, pero había algo que me hacía experimentar un algo así como empatía hacia alguien que, muy debido de mí, probablemente en curiosidad de aspectos, se había movido por donde ahora me salaba moviendo yo, y buscando lo mismo. **Será**, por tanto, una vez más, leyendo:

“Así que, una vez que ya tenía el modelo y que por aquello de que cuando se ha hecho una su composición de lugar aunque sea muy somera de por donde van a ir las cosas parece que se relaja un poco, me desentendi por un tiempo de la página y anduve unos días o puede que semanas pero seguro que no meses y ni pensar en años lo digo quien lo diga dedicada a otras cosas.

»Cuando regresé al tema — **continuado** — y por aquello de refrescar la memoria volví a entrar en lo que di en llamar en mi cabeza cariñosamente “mi página” y me encaní con:

La respuesta

no me alarmé sino que, muy al contrario, me pareció tan decorativo eso de que estuviese así, en un color diferente que a mí justo le daba un toque pues, eso, de color, que decidí cambiar también de color yo misma.